

LA REINA DE LOS DESHEREDADOS

En el árido desierto de la vida brotó una rosa. Una corona de espinas la distinguía del resto. La rosa fue creciendo y las espinas de su cabeza fueron haciéndose más robustas y más sanguinolentas. Sobre la frente de la bella caía la sangre del sufrimiento de su existencia. Las lágrimas de sus ojos multiplicaban por ciento sus retinas y la rosa veía y veía cada vez más. La bella sufría y descubría un mundo que latía con el pulso de la injusticia. Alrededor de ella, cientos de menesterosos estiraban sus manos para conseguir algunas migajas de su riqueza , pues siempre había sido una reina con ropas de mendiga. Pero a medida que fue creciendo, la luz de su corona de espinas, llena de sangre, cada vez era más potente y hacía resplandecer sus pobres vestidos. La luz que emanaba atraía a los bienaventurados del Evangelio como la miel a las abejas. En la frente de la rosa estaba inscrita una cruz para que todo aquel que se acercara supiese que esa luz era de Dios y no de la rosa. Pasados los años, los menesterosos de la tierra la sentaron en un trono; en el trono de la verdad. La verdad alumbró al mundo como jamás lo había hecho desde la venida del crucificado. Pero la verdad resultaba molesta porque descubría la fealdad de muchos tenidos por dignos. La verdad llegó a resultar insoportable para éstos y, desesperados, urdieron una confabulación; la rosa debía de ser aniquilada. Cierta día en que el sol

brillaba como nunca lo había hecho, la rosa resultó herida de muerte. Entonces los desheredados de la tierra sintieron más que nunca la injusticia, esperando, mientras elevaban sus frentes marcadas por la cruz, la venida del redentor.